

EDITORIAL

Centroamérica ha sido lugar de paso desde épocas inmemoriales; de tránsito entre el Norte y el Sur del continente americano y entre los dos más grandes océanos de la Tierra, el Pacífico y el Atlántico. Especies naturales de flora y fauna se encuentran y desencuentran en esta zona, y gente de todo el mundo ha pasado y se ha aposentado en ella, llenándola de diversos y variados colores, formas, tamaños y sonidos que se expresan no solo en el físico de sus habitantes, sino también, como era de esperarse, en sus expresiones culturales.

Esta estrecha faja de poco más de dos mil quinientos kilómetros de largo, que en algunos sitios llega a tener no más de cien kilómetros de ancho, está habitada desde hace más de diez mil años por poblaciones amerindias que, a partir del siglo XV, vieron como el territorio en el que hasta entonces habían sido soberanas se poblaba de gente llegada de todos los confines de la Tierra.

Algunos momentos históricos y proyectos económicos han favorecido esa inmigración. Las reformas liberales en el siglo XIX, por ejemplo, alentaron la llegada de fuerza de trabajo extranjera para construir los grandes proyectos oligárquicos, los ferrocarriles y los puertos; y más tarde, empresas como la construcción del Canal de Panamá sirvieron de imán poderoso para atraer a miles y miles de trabajadores de todos los confines del mundo.

Todas estas marejadas que han llegado a nuestras costas a través de los siglos, que han ido perfilando la Centroamérica actual, una vez asentadas y sedimentadas se han vuelto *nosotros*, pero un nosotros que no siempre se acepta a sí mismo sin contradicciones o conflictos, porque nuestra historia se perfiló siempre a través del conflicto y la contradicción.

Pueblo con matrices coloniales de pensamiento heredadas de trescientos años de sujeción que nos tuvo aherrojados, en el que algunos siguen pensando que por tener tal o cual color de piel o tal o cual color de ojos son más bellos,



más inteligentes, más fuertes o más trabajadores, y que los que no tienen tales atributos son, por naturaleza, feos, haraganes, libidinosos o tramposos.

Tal mentalidad colonial, alimentada por los intereses de quienes obtienen beneficios al naturalizar estas diferencias y prejuicios, ha perdurado hasta nuestros días, y eso muestran varios de los artículos que componen el número de la revista que el lector tiene entre sus manos.

Manuel Monestel y Gerardo Meza describen la pervivencia de la marginalidad y la discriminación que sufren los afroantillanos llegados a las costas costarricenses, transformados en afrocostarricenses después de más de un siglo, y cómo ciertas formas musicales como el calypso sirven de canal de denuncia y resistencia.

Prácticamente toda la costa caribeña de Centroamérica tiene características similares: llegaron de islas caribeñas, es decir, del entorno más inmediato, no directamente de África, y antes de establecerse aquí recrearon, es decir, transformaron y enriquecieron, en medio de las duras condiciones de la esclavitud en las grandes plantaciones isleñas, las culturas que portaban desde su lugar de origen. Esto lo evidencia Alfonso Arrivillaga en su artículo sobre los garífunas asentados en la actual Guatemala, que conforman una entidad paraestatal o transnacional que va más allá de las fronteras que hoy dividen y separan a las naciones centroamericanas.

Cuando Centroamérica encontró, primero en el café y después en el banano, los productos ideales para formar parte del mercado mundial, las oligarquías locales y los inversores extranjeros necesitaron construir las vías a través de las cuales saldrían los productos que producían su prosperidad. Fue así como en las geografías nacionales aparecieron las vías férreas para los ferrocarriles que llevaban y traían mercancías desde las costas calurosas hasta los templados altiplanos. Para construirlos importaron fuerza de trabajo y aparecieron los chinos, que fueron explotados y zaheridos a más no poder, pero se quedaron. Hoy forman parte intrínseca de nuestra geografía étnica y cultural, y sus descendientes son profesores, intelectuales y artistas, como Giselle Chang y Otto Apuy, profesora universitaria una y artista visual y escritor el otro.

Chang realiza no solo un recuento histórico de la llegada de los chinos a nuestras tierras, sino también de los prejuicios de los que han sido objeto, muchos de ellos solapados, dice ella. Nadie más autorizado para hacerlo que alguien que, aguzado su sentido crítico por su profesión de antropóloga, tiene ascendencia china. Hoy, cuando China se transforma en un gigante que se hace sentir en todos los confines del globo, inclusive en el pequeño San José de Costa Rica en donde se inauguró, no hace mucho, un bulevar

chino auspiciado por el gobierno de ese país, y la imagen que prevaleció sobre ella cambia a pasos agigantados en la percepción de la gente, Giselle Chang nos advierte que, aun así, la discriminación prevalece agazapada.

Otto Apuy nació y pasó sus años de infancia y adolescencia en un pequeño pueblo de Guanacaste, provincia norteña de Costa Rica, llamado Cañas. Ya adulto, artista renombrado, decoró la fachada de la iglesia del pueblo con azulejos multicolores que la transformaron en una atracción cultural y turística. De niño, sin embargo, en el pequeño pueblo lo veían como el «raro» que llenaba de colores las patas de las gallinas y las estampaba en las paredes de bahareque blanqueado; al que había que disciplinar y encarrilar para que saliera algo bueno de él.

En este número de la revista *Ístmica* nos honra con dos aportes de primer orden: un capítulo inédito de su novela *Viaje al remoto Puntalín*, producto de sus investigaciones y su espíritu fabulador, y una muestra de sus *Pinturas chinas*, hechas en honor a su herencia.

Sorprenden, siempre, los vericuetos a través de los cuales llegan las más remotas influencias y se vuelven nuestras. Eso sucede con los *Bailes de moros y cristianos*, tan de la cultura popular guatemalteca hoy que, cuando se habla de su procedencia, a veces cuesta creerlos de origen lejano, y esclarecen y muestran la banalidad de las pretensiones de pureza racial, étnica o cultural. El artículo del español Juan Antonio Alcaraz presenta una monografía de las celebraciones de los moros y cristianos en un pequeño pueblo del sur de la península, y su estudio adquiere, de pronto, significado especial para nosotros con el prólogo que le hace el antropólogo y escritor guatemalteco Carlos René García Escobar, quien durante más de treinta años trabajó en el Centro de Estudios Folclóricos de la Universidad de San Carlos de Guatemala.

Varias reseñas de libros recientemente publicados se ofrecen al lector. El de los hondureños Yesenia Martínez y Darío Euraque, con fotos de Pablo Delano, *La diáspora africana en los programas educativos de Centroamérica*, publicado por la Editorial Guaymuras en el 2013. El de Rodrigo Quesada, quien durante más de treinta años fue profesor de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Costa Rica, *Keith en Centroamérica. Imperios y empresarios en el siglo XIX*, publicado por la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia (EUNED), de San José, Costa Rica, en el 2013. El compilado por el doctor Adalberto Santana, director del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Autónoma de México (UNAM), *Costa Rica en los inicios del*



siglo XXI, publicado por la Editorial de la Universidad Nacional (EUNA) de Costa Rica. El de Doris Stone, publicado por primera vez en inglés en 1949 por el Museo Peabody de la Universidad de Harvard, titulado *Los borucas de Costa Rica*, traducido por la doctora María Eugenia Bozzoli y editado por el Ministerio de Cultura y Juventud en el 2013. Y, por último, el libro de memorias *Esmeralda. Crónica de mi supervivencia*, atinente a la terrible persecución de los judíos en la Alemania nazi, traducido y editado por el profesor belga radicado en Costa Rica Víctor Valembois, y publicado también en el 2013.

Un panorama amplio, interesante y variado acerca de la forma en que se expresa en diferentes partes de Centroamérica la temática planteada para este número de nuestra revista. Esperamos que con este esfuerzo que ponemos a disposición de nuestros lectores se conozca un poco más sobre quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos.

Comité Editorial
Rafael Cuevas Molina
Director de *Ístmica*